

que sólo vacilaba cuando debía estar firme, mostrándose tal exclusivamente en la perversidad. Y él, al fin y al cabo, era un hombre asistido de un poder viril de determinación y penetración; podía llevarla tras de sí, si ella quisiera seguirle; pero el nado había invertido los papeles y el señor natural era un criado. Quizá pudiera, tales veces, imponerle su voluntad; pero, ¡qué derroche de energía, qué prolongada afirmación de masculinidad necesitaba para ello! ¡Una mujer y un hombre! ¡Sí; en rigor, era evidente hasta dejarlo de sobra! ¿Por qué estaba él donde estaba? ¿Por qué había tenido alguna influencia en algún momento? No sólo estaba claro, sino que era ridículo, desagradable: satisfacía las extrañas ansias de una virgen de sesenta y tres años.»

El parece ignorar las reacciones que estimula su obra en el lector, el autor se coloca en un plano absolutamente distinto al del lector, actitud que constituye, a nuestro juicio, la suprema dignidad literaria. Es tal vez este detalle psicológico el que da la calidad a los libros de Strachey hasta hacerlos inconfundibles, ahí recibe su maestría, lo inimitable de su genio, lo común es que el autor resbale como en una trampa en el truco de éxito, participe él mismo de ese sentimiento posterior de ironía, aversión, o admiración que experimenta el lector en un libro, sería más de la cuenta de un personaje o no escatime un comentario personal a su costa, el mismo comentario que el lector iba haciendo ya entrelíneas. Esto es ponerse a la altura del lector, ir junto con él y a

veces detrás de él. Strachey no abandona jamás su privilegio de creador y de estilista, su actitud es siempre sabia y escéptica, pues no se abandona ni un momento a la vanidad de mostrar los resortes de su arte que él emplea solamente, utiliza con indiferente seguridad.—
T. L.

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, EL GUERRILLERO, por *Ricardo A. Latcham*.

Ya llegan a nuestro ambiente literario algunos de los problemas y de las inquietudes del mundo occidental. Y, no solamente como una mera moda, sino como algo que tiene también una apagada, pero efectiva resonancia.

Después de la gran guerra, el grueso de la producción literaria europea trata de alejar al hombre de nuestro tiempo de la realidad que lo oprime, y le revela regiones del mundo y del alma propicias al olvido de sus afanes inmediatos, o el horizonte indeciso y brumoso del pasado.

Este brusco interés por la historia de ambiente, por resucitar los grandes hombres de otros tiempos a la luz de un método y una documentación modernos, responde a una necesidad de fugarse de las prosaicas e ineludibles urgencias de la vida presente hacia otras épocas en que la vida parece tener una finalidad, porque se conocen sus formas terminadas y sus consecuencias, o porque tal vez se espera encontrar en sus problemas ya

resueltos datos que faciliten la solución de los actuales.

Aun en el reducido panorama de nuestro mundo intelectual podemos anotar los primeros síntomas de un movimiento parecido. Portales asomó no hace mucho entre nosotros, su perfil enérgico y socarrón y la figura de Manuel Rodríguez acaba de reaparecer a través del animado torbellino de la prosa de Ricardo A. Latcham (1).

La actitud europea de la fuga hacia el pasado se complica en Chile con nuestras tantas veces acusada tendencia por la historia. Pero la historia que se ha hecho en Chile es más el escrupuloso catálogo de nombres, de incidentes y de fechas, que el vasto esfuerzo interpretativo. La naturaleza misma de nuestras peripecias pasadas, tan pobres en grandes hombres y en grandes manifestaciones sociales, tan mesurada y discreta, restringe el vuelo de la epopeya que es la grande historia.

Sin embargo, dentro de sus proporciones locales, hay en nuestro pasado figuras y hechos en los que la imaginación se sumerge gratamente, que realzan la leyenda, el horror o el misterio y ese poético y calmado vaho colonial que de ellos surge. Sólo Vicuña Mackenna, en algunas de sus obras, Blest Gana, Sady Zañartu y Díaz Garcés en dos o tres hermosos cuentos, han explotado una pequeña parte de este rico venero literario, que habrá de reemplazar a la ya agotada y convencional literatura campesina.

Latcham señala un vivo impulso renovador en este sentido con su animado estudio de la mayor de nuestras figuras legendarias.

Manuel Rodríguez es de todos los héroes de la Independencia, el que tuvo y conserva más fuerte arraigo popular. El pueblo no se engaña al decorar a un hombre con la capa romántica de la leyenda; encarna en él sus virtudes y sus vicios, lo hace el viviente paradigma de lo que es y de lo que quisiera ser. Así, Rodríguez, a pesar de la clara luz documental con que su biógrafo lo enfoca, sigue siendo esencialmente lo que el pueblo puso en él: el criollo díscolo y audaz, el eterno descontento, atrevido, generoso, jugador, mujeriego. Ciertamente es que los Húsares de la Muerte, con sus calaveras blancas, bordadas en negro, fueron un batallón inútil y desordenado, y que la breve dictadura de Rodríguez antes de la batalla de Maipo no hizo otra cosa que desorganizar en un patriotismo desmedido la ciudad, pero bastan la astucia y el audaz entusiasmo que el guerrillero desplegó durante la reconquista para afianzar el relieve de su leyenda. Y qué típicamente chilenos son la ideología política y el golpe de vista del ladino abogado! Declara a O'Higgins:

Soy de los que creen que estos gobiernos republicanos deben cambiarse cada seis meses, o cada año, lo más, para que de este modo nos probemos todos, si es posible, y es tan arraigada esta idea en mí, que si fuera Director y no encontrase quien me hiciera revolución, me la haría yo mismo.

(1) Editorial Nascimento, 1932.

Y a San Martín, dándole cuenta del estado de Chile durante la dominación española:

Cada caballero se considera el único capaz de mandar: no quiero junta por no dividir el trono. Pero lo célebre es que en medio de esta ansia tarascal se llevan con la boca abierta esperando del cielo el ángel de la unión...

y, como un rotundo corolario a la tranquila sumisión de la mayoría de sus conterráneos ante las exacciones de Marcó:

Para los chilenos, mi General, no hay más que el palo.

Su vida, desde los primeros días de la Patria Vieja hasta poco antes de su muerte, fué un rico y acabado comentario, de las ideas que expusieron a O'Higgins. Inquieto, indisciplinado, turbulento, era incapaz de construir. Llegó a significar una amenaza para la burguesa tranquilidad de la república, y hubo de hacerse en él el primer solapado escarmiento de esa rebeldía criolla que después se irá diluyendo en una sensata mansedumbre.

No podría reprocharse a Latcham el no haber hecho una novela de la vida de Manuel Rodríguez. Se ha limitado a realizar lo que sugiere en el prólogo:

interpretar y animar el ambiente que se propone describir,

y lo ha hecho excelentemente. Su extraordinaria riqueza documental, disimulada bajo la arquitectura literaria, supone un paciente y es-

crupuloso trabajo de investigación que, si no estuviera aliado a positivas calidades artísticas, indicaría por sí solo los méritos de la obra.

El libro de Ricardo Latcham es eminentemente objetivo. El personaje se va desprendiendo de sus actos, de su medio, de uno que otro toque de paisaje, golpeando la imaginación con todo un orden de sugerencias que la documentación exacta circunscribe. Junto a él, con mucho mayor fuerza, se va desprendiendo el ambiente de aquel tiempo, y, a través, de mil detalles curiosos, la vida del Santiago de la Patria Vieja, y la de los emigrados en Mendoza, Carrera, O'Higgins, San Martín destacan sus figuras con un relieve que en la pura historia no tienen, sobre un nutrido fondo de personajes secundarios, soldados, bandidos, conspiradores, montoneros.

Después del sobrio capítulo en que se describe la muerte del Guerrillero, cuando se cierra el libro, queda una impresión de tristeza y de melancolía: entre los cuadros abigarrados y vívidos, entre el sucederse de los hechos, se ha deslizado una sutil llama poética, y el sentimiento de que esa existencia llena de criolla humanidad, fervorosa y rica, se ha consumido vanamente.

Es posible anotar en el libro de Latcham algunas incorrecciones y cierta premura en la forma, así como algunas fallas en la técnica y en la composición que perjudican la impresión general y aminoran el encanto de su estilo rápido, nervioso y espontáneo.

La vida de Manuel Rodríguez

está en una zona intermedia entre la vida novelada, la historia anecdótica y el ensayo social. Habría ganado tal vez con ser más francamente lo primero. Es, en todo caso, un cuadro animadísimo y lleno de interés de una época rica en acontecimientos, la primera tentativa por interpretar la realidad social del pasado, y un hermoso esfuerzo artístico que ensancha y enriquece nuestro horizonte literario.—*Oscar Vera L.*

CÉSAR BORGIA, por *Paul Rival*.

La vida de César Borgia se presta a ser biografiada en una forma amena y novelesca. Vivió César Borgia en un ambiente convulsionado por intrigas y crímenes en los cuales intervino como instigador o co-autor, y en medio de una relajación moral donde el erotismo alcanzó su expresión más desenfrenada. De suerte que basta la simple enumeración de los acontecimientos en que él actuó para escribir la más subyugante biografía. Por eso ahora que se trata de revivir las vidas extraordinarias patinadas de historia, no podía escaparse la de César Borgia de ser evocada por una biografía en que la verdad histórica aparezca estremecida de sangre y de placer. Y así es, en verdad, la vida de César Borgia escrita por Paul Rival (1).

Rival es escrupuloso del exacto detalle histórico y geográfico, que es indispensable para la re-

construcción histórica del ambiente; así nosotros podemos convivir con los Borgias y asistir gozosos e interesados al desfile mefistofélico de estas vidas canallescas. Porque eso fué la familia Borgia: gentes que vivieron al margen de toda normalidad, prescindiendo de la más simple moral. Algún cientista escribirá la patología de la familia Borgia que llevaba y transmitía como célula permanente el morbo de la satiriasis. Alejandro, César y Lucrecia Borgia son los mayores voluptuosos de la historia. El saber que era carne de hija o hermana la gozada acuciaba en ellos el deseo; el incesto les servía de afrodisíaco. Este estado de lascivia desaparecía en César Borgia para reemplazarlo por el goce macabro de verter la sangre de víctimas inocentes o de aquellos que se le interponían en la realización de sus planes tenebrosos. Tal el asesinato de su hermano Juan.

Breve la frase, la imagen se nos presenta gráfica y evocadora. Así Rival pinta los hechos crudos envueltos en sugerencias. Veamos a través de sus palabras precisas la manera cómo se amaban César y Lucrecia:

La quiso. Era bello y arrogante y Lucrecia cedió. Pero sin ardor, con un abandono de hermana, casi púdico. Le agotaba más que ninguna otra; pero una vez desligado de su brazos volvía a parecer virginal. Imaginó que le engañaba y la espío. Cuando la examinaba furtivamente, veía recorrer su cuerpo aquellas ondas sombrías venidas de un mundo inaccesible en el que podía sumergirse. Lejos de ella,

(1) Espasa-Calpe S. A.